

María de 4°C

Por Pujuy

No sé existir de siete a cuatro. Siempre he sospechado que las verdaderas respuestas se encuentran allá afuera, lejos de este reclusorio juvenil que encima tienen el descaro de llamarlo "PREPARATORIA" «¿Para qué chinches me preparan?, ¿Sería caótico si nuestros padres se hicieran cargo de esas 8 horas que nos vienen a encerrar aquí? o ¿Existirían más Jhons Lennon, Eduardos Galeano y Julios Cortázar?». Por ejemplo, lo único productivo que he hecho hoy ha sido espiar las piernas de María Ortiz. Después de tres intentos de poner atención a la monótona voz de De Anda decidí que definitivamente las piernas cruzadas de María son el verdadero ejemplo de tangente a la que uno se quiere dedicar.

—¡Gonzáles! —gritó De Anda, y su pesada mano azotó en mi pupitre.

—¡Ay canijo!

El grito se escapa de mi boca y estalla en todo el salón. Mis compañeros no dejan de reírse, el salón se inunda de carcajadas y yo me hundo en medio. Me sacudo el susto, pero puedo sentir como un escalofrío atraviesa la columna y me llega hasta el culo. Con la cara roja de De Anda a escasos centímetros de mí siento el peso de su aliento envolviéndome.

—¿Qué es tan importante para distraerse de la clase Señor Gonzáles?

—No, nada profe, estaba pensando.

—¡Con que tenemos un "Pensador" en clase!

Mis compañeros vuelven a reír y siento un rubor maquillando mis cachetes paulatinamente.

—Quiero ver sus apuntes "Filósofo".

Extiendo mi cuaderno y De Anda con sus dedos largos se acerca a inspeccionar. Pasa un par de hojas y levanta la mirada.

—¡Como lo imaginaba! ¡Una letra chiquita igual que su personalidad!

Puedo sentir las gotas de su saliva reventando en mi cara. El coraje me invade, tengo unas ganas tremendas de saltarle encima. De Anda huele mi rabia, quiere sangre.

—¿Sabe qué Gonzáles? Cuando sea director de la prepa no voy a aceptar alumnos como usted. Sólo retrasa el aprendizaje de sus compañeros.

Se acabaron las risas, la tensión tiene a todos congelados y lo único que se mueve son los cachetes de De Anda. El tipo va a explotar. Mi corazón también, late tan fuerte que siento como quiere salirse de mi pecho. Estudio detenidamente cada músculo de su enorme y grasosa cara. Su bigotillo se tambalea esperando señal para disparar su arsenal; cualquier provocación de mí parte y seré hombre muerto. Mis compañeros están al filo de sus mesabancos, nadie quiere perderse nada en un pestañeo mientras yo sigo mirando fijamente a los ojos de De Anda. ¿Por qué es así? ¿Le habré hecho algo? Entiendo que le falté al respeto por andar distraído, pero no es para tanto. Sólo le estaba viendo las piernas a María ¿Será eso? Si es así, la escuela tiene la culpa por hacerlas venir en minifalda ¡En el caso de María deberían estar prohibidas! Bueno, no. Sus piernas son lo único bueno que sucede por aquí. Además, con María Ortiz en el salón cualquier cosa pasa a segundo plano. ¡Por Dios, De Anda! ¿Apoco usted no hacía lo mismo? Debió existir una “María Ortíz” en sus tiempos. Quizás hasta estaba enamorado de ella; igualito que yo. Tal vez usted la veía de reojo durante las clases y buscaba cualquier ridículo pretexto para poderle hablar. Cuando sus miradas se cruzaban, ella sonreía hundiendo esos huequitos que la hacían ver tan adorable; como todas las “María Ortíz” de la historia. Quizás su María también le coquetearía como lo hizo con todos los hombres a su alrededor; jugando con su pelo, balanceándose sobre esas dos piernas, responsables de la Guerra en Troya. A lo mejor su María Ortíz siempre le pedía la tarea de Álgebra III, porque el fin de semana *obviamente no había alcanzado a hacerla*. Usted, De Anda “El queda bien” por supuesto que accedería a pasársela

—Pero sólo a ti, eh María” —diría—.

Pero ambos sabían que ella no sería la única que aprovecharía el don de De Anda para el álgebra. También los dos sabían que él haría todo lo que ella le pidiera,

porque ella era “María Ortíz” y usted, un simple De Anda bajito y cachetón. Eso sí, muy propio: zapato boleado, raya en medio, torta de huevo o sándwich de jamón para el receso. Quizás, como todo buen nerd, usted debió ser odiado por dos o tres compañeros y amado por más de cuatro o cinco maestros, aunque en una ocasión cacharan a la mitad del salón con sus respuestas de la guía parcial. Las repuestas trabajadas toda una tarde por De Anda y distribuidas en un solo segundo. Por quién más, sino su María Ortíz, el diablo embarrado en curvas y tangentes.

Seamos sinceros, usted nunca hubiera tenido una oportunidad real con María, a menos que hubiera sido valiente. Quizás, si se hubiera animado a entregarle el casete que le grabó con canciones de las Insólitas Imágenes de Aurora y Deep Purple. Otra cosa sería, sobre todo, si le hubiera recitado el poema de Rafael Alberti, que se aprendió a lo largo de toda una noche sólo para decírselo a María después de su presentación en la kermese de la prepa. Usted hubiera corrido tras el escenario,

—¡María! —le gritaría—. Y justo cuando ella volteara clavaría sus ojos en sus ojos y dispararía:

*Ven, mi amor, en la tarde del Aniene
y siéntate conmigo a ver viento.
Aunque no estés, mi solo pensamiento
es ver contigo el viento que va y viene.*

Al principio, a María le hubiera dado risa. Tal vez los nervios de no saber qué estaba pasando, pero luego una sonrisa genuina se resbalaría por sus dientes de perlas

*Tú no te vas, porque mi amor te tiene.
Yo no me iré, pues junto a ti me siento
más vida de tu sangre, más tu aliento,
más luz del corazón que me sostiene*

Después se daría cuenta que usted, De Anda, le había robado esa sonrisa y se la compartiría

Tú no te irás, mi amor, aunque lo quieras.

Tú no te irás, mi amor, y si te fueras,

Aun yéndote, mi amor, jamás te irías.

María lo vería a los ojos y encontraría un brillo embriagador que sólo se ve en las miradas perdidas de jóvenes enamorados y poetas locos

Es tuya mi canción, en ella estoy.

Y en ese viento que va y viene voy.

Y en ese viento siempre, me verías.

Extrañada de sí misma, pero invadida por una voluntad incombustible. María Ortiz, de aquellos tiempos, se apoyaría en la pared para sostener la poca cordura que le quedara. Lentamente, contra todas las fuerzas naturales y la estúpida ley social de los alumnos de 4° C de la Preparatoria Vicente Guerrero, se inclinaría para besarlo por primera vez. Beso de chicle de menta. El primero y más especial en su vida. Todo porque la poesía mata carita y porque de los valientes y los necios será el futuro. Ahí, quizás, justo en ese momento María se daría cuenta que no quería ser como las demás; que en realidad que era muy parecida a usted, y que los chicos de universidad con los que salía jamás podrían ser como De Anda. Quizás, María mandaría todo a la goma para quedarse con usted, poeta y loco. Quizás, a partir de ese momento, las otras chicas se darían cuenta que Arturo De Anda no era tan feo, que tenía o proyectaba algo, no sabemos qué, pero por eso andaba con María Ortiz. Quizás su vida hubiera cambiado para siempre. Dejaría el álgebra por largas cartas y poemas escritos para María. Las tardes de estudio por veladas junto a ella, escuchando casetes y vinilos que consiguieran robarles a sus hermanos mayores. Tal vez, por primera vez en la vida; sus compañeros lo invitarían a irse de pinta, a jugar a las guerras de papel justo cuando el maestro se volcaba en el pizarrón. Aprendería a subirse a un avioncito de papel y escapar por la ventana viendo que

la verdad nos espera afuera. Si usted Arturo De Anda hubiese sido valiente tarde o temprano entendería que la escuela es de esas cosas en las que te la pasas ocupado mientras la vida está sucediendo.

—¡Gonzáles! ¡Te estoy hablando! ¡CARA-JOOO! —gritó fúrico De Anda—. ¡Te largas de mi clase o hago que te expulsen para siempre!

Despierto. Otro golpe sacude mi banca. Tomo mi cuaderno, mi mochila, me levanto lentamente sin dejar de ver al viejo derrotado por su pasado.

—¡Usted no me corre! ¡Yo me largo!

Volteo a ver a María, sus ojos revolver están clavados en mí. Le estiro la mano y le digo.

—¿Vienes?